

## 22° Capítulo del Abad General para el CFM – 19.09.2012

Hoy, dado que hemos llegado al final del capítulo 7 de la Regla, tengo mi último Capítulo, regalándoos dos cuartos de horas de vacaciones; y dos días más tranquilos para mí y, sobre todo, para mis generosas y competentes traductoras online: Madre Eugenia, Annemarie, Gillian y Sor Michaela, por no hablar de Agnese, que además de todo lo que hace para el Curso, pone los Capítulos en la página web.

Ayer, con el duodécimo grado de humildad, llegamos a la figura del publicano arrepentido, contrapuesto al fariseo orgulloso (Lc 18,9-14). Las dos figuras son una creación de Jesús, porque se trata de una parábola. Y la enseñanza de la parábola de Jesús, la resume diciendo: “El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Lc 18,14). Esta es la frase que san Benito cita en el primer versículo del capítulo 7: “La divina escritura, hermanos, nos dice a gritos: «Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado»” (RB 7,1).

Por lo tanto, el capítulo culmina donde ha comenzado. Pero al final san Benito no cita ya la frase: prefiere mostrarnos, como Jesús, un modelo de humildad a imitar. E nos pide así la humildad de aceptar que el modelo a imitar no sea un hombre justo, sino un pecador arrepentido. Benito es consciente de que el peligro que corre todo monje y monja es el de sentirse satisfecho y valerse de sus observancias exteriores, y también interiores, y considerándolas como una cualidad ante la que incluso Dios se debe inclinar, por la que Dios nos debe preferir a todos los demás. Como reza el fariseo: “¡Oh, Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros y, tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la semana y pago el diezmo de todo lo que poseo” (Lc 18,11-12).

Esta preocupación de san Benito, que no nos enorgullezcamos de nuestras observancias, la encontramos ya en el Prólogo de la Regla, cuando aparece la referencia al Magnificat para definir el temor de Dios. Merece la pena recordar este párrafo: “Los que así proceden son los temerosos del Señor, y por eso no se inflan de soberbia por la rectitud de su observancia, antes bien, porque saben que no pueden realizar nada por sí mismos, sino por el Señor, proclaman su grandeza, diciendo lo mismo que el profeta: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre, da la gloria»” (Prol. 29-30).

En el fondo, a la luz del misterio de la humildad, la figura purísima de María Virgen y la del publicano arrepentido es como si se superpusiesen para atraernos hacia el hecho de que la justificación es siempre obra de Dios, es siempre como una sorpresa que Dios hace al hombre humilde. El Magnificat de María canta esta sorpresa, este asombro de los redimidos. El asombro ante la gracia, ante el hecho de que nuestra salvación, nuestra conversión, el cambio de nuestra vida, es gracia, don del Espíritu.

La humildad tiene un inmenso valor porque es el único precio de la gracia, es la única moneda que puede adquirir, ganar la gracia. Porque la gracia de Dios es gratuita por naturaleza, y la moneda que la compra debe ser sin valor. La humildad de María, la humildad del publicano, la humildad del buen ladrón, o de Pedro

después de las negaciones, es precisamente la conciencia de que nada en nosotros puede merecer la gracia, la caridad de Dios. La gracia solo puede sorprendernos, asombrarnos, y el corazón humilde es el corazón del niño abierto a esta sorpresa.

Ya he comentado el final del capítulo sobre la humildad cuando comenzamos a recorrerlo. Pero es necesario releerlo a la luz del recorrido que hemos hecho:

“Cuando el monje haya remontado todos estos grados de humildad, llegará pronto a ese grado de «amor a Dios que, por ser perfecto, echa fuera todo temor» (1 Jn 4,18); gracias al cual, cuanto cumplía antes no sin recelo, ahora comenzará a realizarlo sin esfuerzo, como instintivamente y por costumbre; no ya por temor al infierno, sino por amor a Cristo, por cierta santa connaturalidad y por la satisfacción que las virtudes producen por sí mismas. Y el Señor se complacerá en manifestar todo esto por el Espíritu Santo en su obrero, purificado ya de sus vicios y pecados” (RB 7,67-70).

En el fondo, san Benito describe también aquí, sobre todo aquí, un gran asombro. A penas nos ha puesto delante de los ojos la figura toda inclinada y triste del publicano arrepentido, y he aquí que de golpe pasa a la descripción de un monje que “rápidamente – *mox*” (RB 7,67) está rebotante de caridad, de confianza, de Espíritu Santo.

Es precisamente la experiencia de la gracia, de la gracia de Dios que nos sorprende. Un minuto antes este monje era un pecador arrepentido, que no osaba levantar la mirada, que se golpeaba el pecho, que quizá lloraba. Y, de repente, estalla de alegría por ser salvado y, sobre todo, transformado por el amor de Dios. La caridad de Dios lo invade y es una sorpresa. Y esta caridad “expulsa”, “arroja”, “echa fuera” el temor, como dice san Juan en su primera carta citada aquí por san Benito (1 Jn 4,18). La gracia nos sorprende quitándonos el miedo, llenándonos de una caridad que no es nuestra, sino de Dios, y el primer efecto de este don es que el temor ya no tiene sitio en nosotros. Lo contrario del temor, del miedo, no es tanto el valor sino el amor. Porque nuestro miedo más grande es el de dar la vida. La caridad de Dios transforma este miedo en deseo. El don de sí que nos daba miedo ahora lo deseamos, estamos contentos de que llegue. Esta es la sorpresa de la gracia, y esto es lo que todos hemos soñado siempre, de lo que tienen necesidad nuestras comunidades, nuestras Órdenes, la Iglesia. ¡Cuánto miedo de perder y dar la vida se esconde bajo todas las formas de “crisis” y de negligencias que vemos en nosotros y en nuestros monasterios! Las correcciones no bastan, tampoco las reformas. Se necesita una sorpresa. Se necesita de hombres y mujeres cuya humildad les abra a la sorpresa de la gracia, y, con frecuencia, el que se considera como menos “digno” es el primero en sobresaltarse por esta sorpresa y a dar testimonio a los demás de que se puede creer en el amor: “Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene. Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él.” (1Gv 4,16)

En la novela de Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, el stárets Zosima, en su instrucción, resume bien la actitud del corazón a la que nos debería llevar el camino de la humildad y del amor que nos propone san Benito:

“Algunas veces te sentirás perplejo, especialmente viendo los pecados de los hombres y te preguntarás: “«¿Debo recurrir a la fuerza o tal vez a la humildad y al amor?». Decídate siempre por la humildad y el amor. Si tomas esta decisión de una vez para siempre, podrás subyugar a todo el mundo. La humildad y el amor unidos son una fuerza formidable, la fuerza más grande que existe, no hay otra igual.” (Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, Libro VI, 3, g)

Es a esta unidad de la humildad y el amor a la que nos quiere conducir san Benito. Para cambiar el mundo con la potencia de Dios, pero a partir de la conversión de nuestro corazón que es, en el fondo, el verdadero “mundo” que nos deja perplejos y del que vemos los pecados. San Benito nos acompaña y nos hace acompañar, con humildad y amor; y nos pide ser esto los unos para los otros, sobre todo perdonándonos mutuamente.

Hace algunos meses regresaba de un encuentro en el Vaticano que me llenó de preocupación y de temor. Cogí la calle que bordeaba el Tevere para evitar el tráfico y la gente. En un cierto momento, se me acerca un hombre joven, muy grueso y con la mirada un poco perdida. Me preguntó si era un “hombre de Dios” y si podía hablarme. Enseguida me dijo que era un enfermo psíquico, cosa que se veía. Después me preguntó si podía acompañarlo durante un trayecto a lo largo del Tevere. No podía decirle que no. Pero añadió: “a condición de que después me vuelvas a acompañar, porque tengo fobia y no puedo regresar solo. Pero para mí es importante caminar hasta un cierto punto que te diré.” Yo dudaba, porque para mí no se trataba de hacer dos millas con quien te pide hacer una, como nos aconseja Jesús, sino de hacer tres, porque si iba y volvía, después tenía que hacer todavía una vez más el mismo trayecto hacia casa. Pero también esta vez no podía decirle que no. A lo largo del camino me contó sus miedos y sufrimientos, fruto también de los abusos sufridos de niño. Y, en el fondo, me pedía solamente que le dijera que no era malo, que no era el diablo, como se sentía. Sentí cuánto le amaba Cristo en su pobreza y que, en el fondo, era una de aquellas personas que llevan sobre sí las heridas del mundo. Llegados a un cierto momento, después de recorrer bastante camino, llegamos al punto desde donde debíamos volver hacia atrás. Allí comprendí que no era necesario prolongar el camino que habíamos hecho juntos. Le dije: “Escucha, me vuelvo contigo con mucho gusto, pero estoy seguro de que quizá puedes caminar solo, que no debes tener miedo, que el Señor está contigo, y que permanecemos unidos y amigos también en la distancia.” “¡Es verdad – me respondió – ya no tengo miedo, puedo regresar solo!” Y arrodillándose me pidió la bendición. Le regalé mi rosario y él me dio el suyo que llevaba colgado al cuello. Después se marchó con paso firme, sin volverse ni una vez.

Creo que también en la vida monástica debemos sabernos acompañar así, con disponibilidad, pero también para la liberación de nuestros miedos de hacer el camino de la vida, el camino del seguimiento del Señor. San Benito nos enseña este acompañamiento. Nos enseña a dejarnos acompañar y a acompañar a los demás, en una gran caravana en la que ninguno es superior o inferior, porque Cristo, el más humilde y grande Señor, está siempre en medio de nosotros.

*Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist*